Artículo redactado en el marco del convenio de otorgamiento de beca de posgrado celebrado con la becaria traductora pública María Sol Farías

Traducir en tiempos de nuevas tecnologías



| Por la traductora pública María Sol Farías

Cuando comencé la Maestría en Nuevas Tecnologías, Localización y Traducción Audiovisual, esperaba aprender nuevas herramientas para optimizar mi trabajo como traductora. Esa expectativa se cumplió. En mi recorrido por este posgrado conocí nuevos recursos, metodologías y desarrollos tecnológicos que hoy forman parte de la práctica profesional y que han transformado nuestra manera de trabajar: herramientas de traducción asistida, bases terminológicas, memorias de traducción, corpus, recursos de documentación y sistemas de control de calidad. Cada una responde a necesidades diferentes y exige desarrollar nuevas competencias.

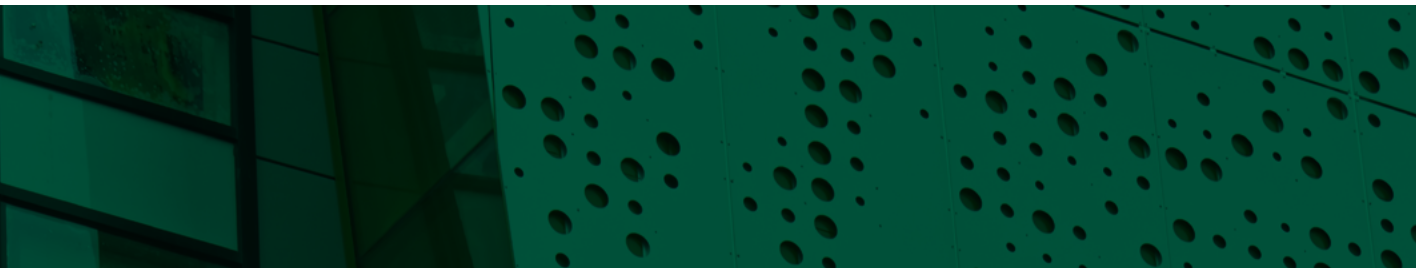
Pero el aprendizaje más valioso fue otro: comprender que, cuanto más evolucionan los recursos digitales, más importante se vuelve el criterio con el que los incorporamos a nuestra práctica profesional, que la tecnología no debería entenderse como un sustituto del trabajo del traductor, sino como un conjunto de herramientas destinadas a complementarlo, facilitar determinadas tareas y ampliar sus posibilidades de acción.

Esto también hizo que nuestra función como profesionales de la lengua cambiara. Hoy en día, el trabajo del traductor excede ampliamente la búsqueda de equivalencias lingüísticas. La abundancia de recursos y de soluciones posibles hace que una parte importante de nuestro trabajo consista en evaluar, comparar, adaptar, descartar y justificar las elecciones realizadas. Lejos de representar una amenaza en sí mismos, estos recursos (desde una memoria de traducción hasta un sistema de traducción automática o un asistente basado en inteligencia artificial) constituyen herramientas de enorme valor cuando se integran de manera crítica y consciente al proceso traductor.

Es precisamente allí donde aparece el verdadero desafío. ¿Qué sucede cuando las soluciones tecnológicas comienzan a percibirse como decisiones definitivas? La posibilidad de disponer de tantos recursos con un solo clic nos brinda acceso inmediato a múltiples alternativas, pero también puede llevarnos a aceptar una propuesta sin siquiera detenernos a analizar si, en efecto, es la más adecuada. Esa disponibilidad también obliga al traductor a desarrollar una competencia cada vez más importante: saber qué herramienta utilizar en cada etapa del proceso. No todas resuelven el mismo tipo de problema y elegir la adecuada también forma parte del trabajo profesional.

El nuevo reto, entonces, no son estos avances en sí, sino la manera en que los utilizamos. Cuando la evaluación crítica se reemplaza por la aceptación automática de una sugerencia, existe el riesgo de relegar el ejercicio del criterio profesional, una competencia que continúa siendo esencial para nuestra profesión.

La incorporación de estas innovaciones no debería disminuir la necesidad de criterio; por el contrario, debería incrementarla. Cuantas más opciones tengamos a nuestro alcance, mayor será la responsabilidad de analizarlas de manera crítica y justificar la opción adoptada. Determinar cuál de ellas es la más pertinente desde el punto de vista comunicativo, cultural o funcional sigue siendo responsabilidad del traductor. Un ejemplo claro puede verse en las herramientas de traducción asistida. Una memoria de traducción puede sugerir una coincidencia del 100 %. Sin embargo, ese porcentaje no garantiza que siga siendo la mejor opción para el nuevo contexto. Dos propuestas pueden ser correctas desde el punto de vista lingüístico y, sin embargo, solo una responder a las necesidades del encargo. Es, en esa capacidad de análisis, en la que el criterio profesional adquiere su verdadero valor.



Sin embargo, la integración de estos recursos digitales no solo transformó la práctica profesional; también, la manera en que aprendemos y enseñamos traducción. Durante mucho tiempo, la formación de traductores se centró casi en su totalidad en el desarrollo de competencias lingüísticas y traductoras. Hoy esas competencias siguen siendo indispensables, pero ya no son suficientes. El entorno profesional exige, además de las competencias lingüísticas, saber gestionar terminología, trabajar con herramientas de traducción asistida, evaluar la traducción automática y adaptarse a tecnologías que están en constante cambio. Incorporarlas a la formación ya no constituye un valor agregado, sino una parte esencial del perfil profesional del traductor. No se trata solo de aprender a utilizar una herramienta, sino de comprender para qué sirve, cuáles son sus limitaciones y en qué situaciones realmente aporta valor al proceso de traducción. Esta realidad modificó mi propia práctica docente. Hace algunos años, quizás, hubiera pensado que el mayor desafío consistía en enseñar a utilizar los recursos más recientes, presentar los últimos avances en teoría de la traducción o responder las dudas que son inevitables cada vez que la Real Academia Española (RAE) incorpora nuevas acepciones o modifica algún criterio normativo, y que los futuros colegas pudieran incorporar esos conocimientos. Hoy sigo considerando que esa formación es indispensable, pero creo que el verdadero desafío es otro: enseñar a integrar esas nuevas aplicaciones sin renunciar al pensamiento crítico.

En la formación de traductores, esta tendencia se manifiesta de maneras muy concretas. Hay una escena que se repite con frecuencia en el aula. Cuando pregunto por qué eligieron una determinada traducción, la respuesta muchas veces es: «Porque la encontré en internet». Esa contestación revela que el proceso de evaluación quedó relegado: la propuesta se acepta porque alguien o algo la sugirió, no porque el estudiante pueda fundamentarla. La competencia tecnológica ya no solo consiste en saber utilizar un programa, sino en comprender su alcance, sus limitaciones y cómo integrarlo de manera consciente al proceso de traducción.

Algo similar ocurre cuando se trabaja con textos que contienen referencias culturales. En más de una oportunidad, al profundizar la discusión en clase, se advierte que muchos estudiantes no comprenden qué representa esa referencia cultural ni qué función cumple en el texto original. La búsqueda proporciona una posible solución, pero no resuelve el verdadero problema. Encontrar un equivalente no implica comprender aquello que se traduce. La búsqueda constituye apenas el comienzo; comprender debe seguir siendo el primer paso antes de traducir.

Todo esto obliga a repensar la enseñanza de la traducción. Ya no puede limitarse a transmitir estrategias o contenidos lingüísticos, sino que también debe fomentar hábitos de revisión, verificación y argumentación. Si hay una característica representativa de los traductores, es la curiosidad. Traducir implica investigar, hacerse preguntas y desconfiar del primer resultado. Esa curiosidad refleja una actitud profesional: comprender el contexto detrás de una palabra, una referencia cultural o una elección terminológica antes de decidir cómo traducirla. La tecnología puede ofrecer respuestas con una rapidez inédita, pero la curiosidad sigue siendo la herramienta que nos impulsa a verificarlas y contextualizarlas. Por eso, resulta fundamental que el futuro traductor aprenda a cuestionarse por qué elige una determinada solución, qué consecuencias tiene esa elección para el lector y qué argumentos respaldan esa opción frente a otras alternativas posibles. Enseñar a traducir implica, cada vez más, enseñar a decidir.

Las nuevas tecnologías seguirán evolucionando. Aparecerán herramientas más precisas, nuevas formas de automatización y recursos que hoy todavía no imaginamos, y muchas de las que hoy utilizamos dejarán de existir. Lo importante no será dominar un programa determinado, sino comprender qué problema resuelve cada tecnología, y cuándo conviene incorporarla al trabajo. Es posible que esa capacidad de adaptación sea una de las competencias más valiosas del traductor del futuro. Lejos de reducir el lugar del traductor, esa evolución exigirá profesionales capaces de comprender cómo funcionan esas tecnologías, reconocer sus posibilidades y también sus límites. Adaptarse a ellas será parte del ejercicio profesional. Lo que no debería cambiar es nuestra capacidad para formular preguntas, contrastar información y fundamentar cada elección de traducción. Hoy el desafío ya no consiste en decidir entre traducir con tecnología o sin ella, sino en saber utilizar cada herramienta en el momento adecuado y seguir ejerciendo el criterio profesional que ninguna tecnología puede reemplazar. Porque las respuestas pueden provenir de una máquina; la decisión de convertir una de ellas en una traducción sigue siendo responsabilidad del traductor.■